

las figuras ciclópeas, como una reminiscencia del arte miguelangelesco importado por Berruguete y el mismo Juni, acaba por humanizarse en sus numerosos Cristos yacentes.

Luego, las otras generaciones tiemplan la crudeza de la forma áspera. En Granada, al influjo de Alonso Cano, tal vez por su eclecticismo, que no es sino esencia del medio andaluz, Mena y el bastetano Mora nos revelan una devoción en la que el dolor no es turbulento, sino contenido; no es sombrío, sino iluminado de dulce esperanza.

Pero dentro de la misma Castilla se hace ostensible la tendencia a la finura expresiva que ya algunos observadores señalan en Gregorio Fernández. Podemos observarlo en un escultor que está situado entre Fernández y Salzillo. En el Museo de San Gregorio, de Valladolid, se ha venido exhibiendo una cabeza cortada de San Pablo, como única obra conocida de Juan Alonso Villabrile, fechada en 1707, el año en que nació el imaginero murciano. Ahora hay un documento precioso de este artista en una Santa Maria Egipcíaca, de autenticidad recién documentada, en el mismo Museo. Representa a la gran arrepentida del yermo, a la manera de la Magdalena de Mena, envuelta en un tosco tejido de palma y en actitud de penitencia. La cadena que estaba rota entre el eslabón castellano y el de Murcia, se completa así maravillosamente.

Francisco Salzillo y Alcaraz es gloria del arte español. Uno y otro cuentan en su ascendencia sangre italiana y sangre nacional; uno y otro se nutren de las esencias del ambiente; unas que están manifiestas en el paisaje; otras, semiceladas como en el misterio de las entrañas de la tierra. De éstas y aquéllas, cualquier réplica podría inducir a discusión. Lo que no tiene asidero para los impugnadores es negar la piedad católica de Salzillo. Nuestro arte religioso tiene un acento inconfundible. Fernández era hombre de profunda devoción, cristiano práctico en todos los aspectos de su vida. Figurar un Cristo era para él

